

DF28  
B2  
V.2

VIAGE  
DEL  
JOVEN ANACARSIS

A LA GRECIA

A MEMORIA DEL SEÑOR DON JACOBO VALVERDE Y TELLEZ

Don Jacopo Anacarsis

DE LA ESCUELA DE FRANCIA

DE LOS REYES Y CORONADOS DE ESPAÑA

DE LOS REYES Y CORONADOS DE ESPAÑA

CONFERENCIADA

DE LA ESCUELA DE FRANCIA



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Don Jacopo Anacarsis

VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS

A la Grecia,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE JESUCRISTO.

### CAPITULO PRIMERO.

SALIDA DE ESCITIA. EL QUERSONESO TAURICO \*. EL PONTO EUXINO \*\*.

ESTADO DE LA GRECIA DESDE LA CONQUISTA DE ATENAS.

EN EL AÑO 404 ANTES DE JESUCRISTO. HASTA EL

MOMENTO DEL VIAGE. EL BOSFORO DE

TRACIA. LLEGADA A BIZANCIO \*\*\*.

Anacarsis, escita de nacion, hijo de Toxaris, es el autor de esta obra, dirigida por él á sus amigos. Comienza exponiéndoles los motivos que tuvo para viajar.

Ya sabeis que yo desciendo del sabio Anacarsis, tan célebre entre los Griegos, como indi-

\* Hoy la Crimea.

\*\* El mar Negro.

\*\*\* Constantinopla.

gnamente tratado entre los Escitas. Desde la mas tierna infancia me inspiró la historia de su vida y de su muerte aprecio á una nacion que habia honrado sus virtudes, y aversion á la que las habia desconocido.

Aumentóse este desapego con la llegada de un esclavo griego que vino á mi poder. Era este de una de las principales familias de Tebas en Beocia, y cerca de treinta y seis años antes \* habia seguido á Ciro, en la expedicion que este principe emprendió contra su hermano Artaxerxes, rey de Persia. Hecho prisionero en uno de los combates que los Griegos tuvieron que dar en su retirada, mudó muchas veces de amo, arrastró las cadenas en diversas naciones, y llegó por fin adonde yo habitaba.

Cuanto mas le conocí, tanto mas experimenté el ascendiente que los pueblos ilustrados tienen sobre los demas. Timágenes, que este era el nombre del tebano, me embelesaba, y me humillaba con los encantos de su conversacion, y con la superioridad de sus conocimientos. La historia de los Griegos, sus costumbres, sus ciencias, sus gobiernos, sus artes, sus fiestas y sus teatros eran la materia inagotable de nuestras conversaciones. Yo le preguntaba, y le escuchaba absorto. Acababa yo de entrar en el año

\* El año 400 antes de J. C.

décimooctavo de mi edad, y mi imaginacion añadía los mas vivos colores á sus hermosas pinturas. Hasta entonces no habia yo visto mas que tiendas, rebaños y desiertos. Incapaz en adelante de sufrir la vida errante que habia traído hasta entonces, y la profunda ignorancia á que estaba condenado, resolví abandonar un clima donde la naturaleza apenas se presta á las necesidades del hombre, y una nacion que me parecia no tener mas virtudes que no conocer todos los vicios.

He pasado lo mejor de mi vida en Grecia, Egipto y Persia; pero la mayor parte he residido en el primero de estos paises. Gocé de los últimos momentos de su gloria, y no le dejé hasta haber visto espirar su libertad en la llanura de Queronea. Mientras recorría sus provincias, cuidé de recoger cuanto merecia atencion. Luego que volví á Escitia, puse en orden la relacion de mi viage, siguiendo el diario que habia hecho antes. Quizá seria mas exacto si el bajel en que yo habia hecho embarcar mis libros, no hubiera perecido en el Ponto Euxino.

Vosotros, Arsamo y Fedima, esposos ilustres, á quienes tuve la dicha de conocer en mi viage por la Persia, ¡ cuántas veces han estado vuestros nombres para mezclarse con mis relaciones! ¡ Con cuánto esplendor brillaban á mis ojos cuando iba á pintar alguna prenda grande del corazon

ó del espíritu! Vosotros tenéis derechos á esta obra; pues parte de ella la compuse en ese bello sitio, cuyo principal ornamento sois vosotros; y aunque la he acabado lejos de Persia, siempre ha sido á vuestra vista; porque la memoria de los momentos pasados en vuestra compañía, no se borra jamas. Este recuerdo será la felicidad del resto de mis días; y todo cuanto deseo despues de mi muerte, es que sobre la losa que cubra mis cenizas, se graben profundamente estas palabras: **LOGRÓ LAS BONDADES DE ARSAMO Y DE FEDIMA.**

A fines del año primero de la olimpiada 104\* partí con Timágenes, á quien acababa de dar libertad. Despues de haber atravesado vastas soledades, llegamos á las orillas del Tanais\*\*, cerca del sitio donde desagua en una especie de mar conocido con el nombre de laguna Meotis. Allí nos embarcamos, y fuimos á la ciudad de Panticapea, situada en una altura; hácia la entrada del estrecho que se llama el Bósforo Cimerio, y junta la laguna con el Ponto Euxino.

Esta ciudad, donde en otro tiempo establecieron los Griegos una colonia, es ahora la capital de un corto imperio que se extiende por la costa oriental del Quersoneso táurico. Treinta

\* En abril del año 365 antes de J. C.

\*\* Hoy el Don.

años habia que reinaba allí Leucon, principe magnifico y generoso, que mas de una vez habia disipado conjuraciones, y ganado victorias, por su valor y su pericia. Nosotros no le vimos, porque á la sazón estaba al frente de su ejército. Algun tiempo antes los de Heraclea de Bitinia se habian presentado con una armada poderosa para hacer un desembarco en sus Estados. Sabiendo Leucon que sus tropas oponian una debil resistencia al proyecto del enemigo, puso á sus espaldas un cuerpo de escitas con orden de cargar sobre ellas, si tenian la cobardía de huir.

Se citaba un dicho suyo, que me hace estremecer todavía. Sus favoritos, valiéndose de falsas acusaciones, habian separado de él á sus mejores amigos, y apoderándose de sus bienes. Conociólo por fin; y habiéndose atrevido uno de ellos á hacer una nueva delacion, le dijo Leucon: «miserable, yo te mandaria matar, si los malvados como tú no fueran necesarios á los déspotas.»

El Quersoneso táurico produce trigo en abundancia: la tierra ligeramente desflorada con la reja del arado, da treinta por uno. Los Griegos hacen allí tal comercio que el rey se habia visto obligado á abrir en Teodosia\*, otra ciudad del Bósforo, un puerto capaz de contener cien naves.

\* Hoy Caffa.

Los mercaderes atenienses arribaban en gran número tanto á esta plaza como á Panticapea. Allí no pagaban derecho alguno de entrada ni de salida; y la república, reconocida á este príncipe, había puesto á él y á sus hijos en el número de sus ciudadanos\*.

Hallamos un barco de Lesbos pronto á darse á la vela, y su comandante Cleómedes nos ofreció recibirnos á bordo. Mientras llegaba el día de salir, iba yo y venia, sin saciarme de ver la ciudadela, el arsenal, el puerto, las naves, sus aparejos y maniobras: entraba al acaso en las casas de los particulares, en las fábricas, y en las menores tiendas: salía de la ciudad, y mis ojos se fijaban en los vergeles cubiertos de frutos, y sobre los campos enriquecidos de mieses. Mis sensaciones eran vivas, y mis palabras animadas. No podía quejarme de que no tenía testigos de mi felicidad, pues hablaba de ella á todos. Todo lo que me hacía impresion, iba corriendo á decirselo á Timágenes, como si fuera nuevo para él, así como lo era para mí: le preguntaba si la laguna Meotis era el mayor de los mares, y

\* Para que los comerciantes supiesen estos privilegios, los grabaron en tres columnas, situadas la primera en Fireo, la segunda en el Bósforo Tracio, y la tercera en el Bósforo Cimerio; esto es, al principio, medio y fin del derrotero que seguian los barcos mercantes de las dos naciones.

si Panticapea era la mas hermosa ciudad del mundo.

En el discurso de mis viages, y especialmente al principio, experimentaba estas agitaciones siempre que la naturaleza ó la industria me ofrecian objetos nuevos; y cuando eran propios para elevar el alma, mi admiracion necesitaba de aliviarse con las lágrimas que yo no podia detener, ó con excesos de gozo que Timágenes no podia moderar. Debilitada en lo sucesivo mi admiracion, se han desvanecido los placeres que nacian de ella; y he visto con dolor que perdemos en punto á sensaciones lo que ganamos por parte de la experiencia.

No describiré los movimientos que me agitaron cuando á la salida del Bósforo Cimerio se fué descubriendo insensiblemente á mis ojos el mar que se llama Ponto Euxino. Este es una balsa inmensa, casi cercada por todas partes de montes mas ó menos distantes de la costa, y en la cual desaguan cerca de cuarenta rios de Asia y Europa. Tiene de largo, segun dicen, once mil y cien estadios\*; y su mayor anchura es de tres mil y trescientos\*\*. En sus costas habitan

\* Cerca de cuatrocientos y diez y nueve leguas y media: (cerca de 567 leguas de España, de 4000 pasos cada una).

\*\* Cerca de ciento y veinte y cuatro leguas y tres cuartos: (109 leguas de España).

naciones diferentes entre sí en origen, costumbres y lengua. Se hallan allí de trecho en trecho (y principalmente en las costas meridionales) ciudades griegas fundadas por los de Mileto, Megara y Atenas, edificadas las mas de ellas en sitios fértiles y propios para el comercio. Al este se halla la Cólquide, célebre por el viage de los Argonautas que adornó la fábula, y que hizo mas conocidos para los Griegos estos países remotos.

Los rios que desaguan en el Ponto le cubren de pedazos de hielo, en tiempo de grandes frios, endulzan el amargor de sus aguas, y acarrean una inmensa cantidad de cieno y de sustancias vegetales, que atraen y engordan los peces. Los atunes, los rodaballos, y casi todas las especies van allí á desovar, y se multiplican tanto mas, cuanto este mar no cria peces voraces y destructores. Comunmente está cubierto de nieblas sombrías, y agitado con tempestades violentas. Para navegar por él, se aguarda la estacion en que los naufragios son menos frecuentes. No es hondo mas que en la parte oriental, donde la naturaleza ha abierto abismos, en que se pierde la sonda.

Mientras Cleómedes nos instruía en estas menudencias, trazaba sobre su libro de memoria el circuito del Ponto Euxino. Luego que le acabó, le dije: sin pensarlo habeis figurado ahí el arco

de que nos servimos en Escitia: esa es precisamente su figura. Pero yo no veo que este mar tenga salida. No comunica con los otros, respondió, mas que por un canal casi semejante á este de que acabamos de salir.

Temiendo Cleómedes separarse de las costas, en lugar de tomar en derechura, torció hácia el oeste, y despues hácia el sur. Conforme las seguimos, íbamos hablando de las naciones que las habitan: algunas veces vimos acercarse los rebaños á las orillas del mar, porque esta les ofrece una bebida tan grata como saludable. Nos dijeron que en invierno, cuando el mar está cubierto de hielo, los pescadores de aquellas costas arman sus tiendas encima, y echan sus sedales por los agujeros que hacen en el hielo. Vimos á lo lejos la embocadura del Boristenes\*, la del Ister\*\* y de algunos otros rios. Muchas veces pasábamos la noche en tierra, y algunas anclados.

Un dia nos dijo Cleómedes que en otro tiempo habia leído la historia de la expedicion del joven Ciro. ¡ Con qué la Grecia, dijo Timágenes, ha sabido nuestras desdichas! Menos amargas son sin duda para los que han tenido la suerte fatal de sobrevivir á ellas. Mas decidme, ¿ cuál

\* Hoy el Dnieper.

\*\* El Danubio.

es la mano que trazó su pintura? Fué, respondió Cleómedes, Xenofonte de Atenas, uno de los generales que condujeron los Griegos á su patria. ¡Ah! exclamó Timágenes, en cerca de treinta años que la suerte me separó de él, esta es la primera noticia que tengo de su vuelta. ¡Ay, cuán dulce hubiera sido para mí volverle á ver, despues de tan larga ausencia! Pero temo que la muerte...

Tranquilizaos, dijo Cleómedes: todavía vive. ¡Benditos sean los dioses! respondió Timágenes. Aun vive, y recibirá los abrazos de un soldado y de un amigo cuya vida conservó mas de una vez. ¿Sin duda le habrán colmado de honores los Atenienses? Le han desterrado, respondió Cleómedes, porque parecia muy adicto á los Lacedemonios. — ¿Mas á lo menos en su retiro tendrá puestos los ojos en él toda la Grecia? — No; todos se fijan sobre Epaminondas de Tebas. — ¡Epaminondas! ¿Su edad? ¿El nombre de su padre? — Tiene cerca de cincuenta años: es hijo de Polimnis, y hermano de Cafsias. Él es, replicó Timágenes conmovido, él mismo es. Le conocí en su infancia. Aun me parece que estoy viendo su fisonomía. Los vínculos de la sangre nos unieron bien temprano. Tenia yo pocos mas años que él: fué criado en el amor de la pobreza y de la virtud. Jamas se vieron mas rápidos progresos en los ejercicios del cuerpo y del espíritu.

No eran suficientes sus maestros para saciar su necesidad de instruccíon. Me acuerdo bien que no podíamos arrancarle de la compañía de un pitagórico triste y severo, llamado Lisis. Cuando yo salí para el ejército de Ciro, no tenia Epaminondas mas que doce á trece años; y ya á veces descubria ciertos rasgos de un gran carácter. Se preveia el ascendiente que un dia habia de tener sobre los demas hombres. Perdonad si soy importuno; pero decidme, ¿cómo ha llenado tan buenas esperanzas?

Cleómedes respondió: ha elevado su nacíon, y con sus expediciones la ha hecho la primera potencia de la Grecia. ¡O Tebas! exclamó Timágenes, ¡ó patria mia! ¡lugar feliz donde pasé mi infancia! ¡Mas feliz Epaminondas!.... Una suspensíon involuntaria le impidió acabar. Entonces exclamé yo: ¡O, y cuánto merece ser amado quien es tan sensible! Y arrojándome á su cuello, mi querido Timágenes, le dije, pues que os interesais tanto por los lugares donde os hizo nacer la casualidad, ¿cuáles deben ser vuestros sentimientos con los amigos que vos mismo elegis? El me respondió, apretándome la mano: muchas veces os he hablado de aquel inalterable amor que conservan los Griegos á su patria, y os costaba trabajo concebirlo: ahora veis, en mis lágrimas, si es profundo y sincero. En efecto lloraba.

Pasados algunos instantes de silencio, preguntó que ¿cómo se había hecho una revolución tan gloriosa á los Tebanos? No esperéis de mí, dijo Cleómedes, la relacion circunstanciada de lo ocurrido despues de vuestra partida; y así ciñéndome á los sucesos principales, bastarán ellos para que conozcais el estado actual de la Grecia.

Ya sabéis que por la conquista de Atenas quedaron todas nuestras repúblicas, en cierto modo, sujetas á los Lacedemonios: que unas se vieron precisadas á solicitar su alianza, y otras á aceptarla. Las calidades brillantes y las ruidosas expediciones de Agesilao, rey de Lacedemonia, parecian amenazarlas con larga esclavitud. Llamado á Asia á socorrer á los Jonios, que habiéndose declarado por el joven Ciro, debian temer la venganza de Artaxerxes; venció muchas veces á los generales de este principe; y extendiéndose sus miras con sus triunfos, meditaba el proyecto de llevar sus armas á Persia, y acometer al gran rey en su mismo trono.

Artaxerxes deshizo la tempestad. Las sumas de dinero, derramadas en muchas ciudades de la Grecia, las separaron de los Lacedemonios. Tebas, Corinto, Argos y otros pueblos forma-

\* El año 404 antes de J. C.

ron una liga poderosa; y juntas sus tropas en los campos de Coronea de Beocia vinieron luego á las manos con las de Agesilao, á quien una orden de Lacedemonia había obligado á interrumpir el curso de sus hazañas. Xenofonte, que peleó al lado de este principe, decia que jamas había visto batalla tan sangrienta. Los Lacedemonios tuvieron el honor de la victoria; y los Tebanos el de retirarse sin huir.

Al paso que esta victoria afirmó el poder de Esparta, hizo brotar nuevas turbulencias y nuevas ligas. Aun entre los mismos vencedores unos estaban cansados de sus sucesos, y otros de la gloria de Agesilao. Teniendo estos últimos á su frente al esparciata Antálcidas, propusieron al rey Artaxerxes dar la paz á las naciones de la Grecia. Juntáronse sus diputados; y Terribazo, sátrapa de Jonia, les declaró la voluntad de su amo, concebida en estos términos:

« El rey Artaxerxes cree que es justo, 1º que  
« las ciudades griegas del Asia, igualmente  
« que las islas de Clazomene y Quipre, queden  
« reunidas á su imperio: 2º que las demas ciu-  
« dades griegas sean libres; á excepcion de las  
« islas de Lemnos, de Imbros y Esciros, que  
« pertenecerán á los Atenienses. Juntará sus  
« fuerzas á las de los pueblos que aceptaren es-

\* El año 395 antes de J. C.

«tas condiciones, y las empleará contra los que  
«no se conformen á ellas \*.»

La ejecucion de un tratado que se dirigia á mudar el sistema politico de la Grecia, se confió á los Lacedemonios, quienes lo habian ideado y arreglado sus artículos. Por el primero ponian bajo el yugo de los Persas, á los Griegos del Asia, cuya libertad habia costado tanta sangre en cerca de un siglo: por el segundo, obligando á los Tebanos á reconocer la independenciam de las ciudades de Beocia, debilitaban la única potencia que se hallaba acaso en estado de oponerse á sus proyectos: así es, que ni los Tebanos, ni los Argivos consintieron en el tratado hasta que se les obligó por la fuerza. Las otras repúblicas le recibieron sin oposicion, y algunas con ansia.

Pocos años despues \*\*, pasando el esparciata Febidas á la Beocia con un cuerpo de tropas, se acamparon cerca de Tebas. Estaba la ciudad dividida en dos bandos, y cada uno de ellos tenia á su frente uno de los principales magistrados. Leonciades, gefe del partido de los Lacedemonios, incitó á Febidas á que se apoderase de la ciudadela, y le facilitó los medios. Esto se hizo en plena paz, y en un momento

\* El año 587 antes de J. C.

\*\* El año 582 antes de J. C.

en que los Tebanos, sin temor ni sospechas, celebraban la fiesta de Ceres. Esta perfidia tan rara se hizo mas odiosa por las crueldades que cometieron con los ciudadanos mas amantes de su patria: cuatrocientos de ellos se refugiaron entre los Atenienses: Ismenias, gefe de este partido, fué cargado de cadenas, y condenado á muerte con pretextos frivolos.

Levantóse en la Grecia un grito general. Los Lacedemonios, temblando de indignacion, preguntaban con furor si Febidas habia tenido órdenes para cometer tal atentado. Agesilao respondió que cuando el bien del Estado lo exigia, era permitido á un general excederse de los términos de sus poderes, y que por este principio se debia juzgar la accion de Febidas. Hallábase entonces en Lacedemonia Leonciades, él cual calmó los ánimos irritándolos contra los Tebanos. Se decidió que se guardaria la ciudadela de Tebas, y que se condenaria á Febidas á una multa de cien mil dracmas \*.

De ese modo, dijo Timágenes interrumpiendo á Cleómedes, Lacedemonia se aprovechó del crimen, y castigó al culpado. ¿Y cual fué entonces la conducta de Agesilao? Le acusaron, respondió Cleómedes, de haber sido en secreto, el autor de este atentado y del decreto que ha-

\* Noventa mil libras: (533,295 reales de España).



bia consumado la iniquidad. Me habiais inspirado estimacion hácia ese príncipe, replicó Timágenes; mas en vista de semejante infamia...

Deténeos, le dijo Cleómedes: sabed que el virtuoso Xenofonte no ha dejado de admirar, estimar y amar á Agesilao. Yo mismo he hecho muchas campañas á las órdenes de este príncipe. Nada os diré de sus talentos militares, pues vos mismo vereis sus trofeos erigidos en muchas provincias de la Grecia y del Asia; mas puedo aseguraros que le adoraban sus soldados, con quienes partía el trabajo y los peligros: que en su expedicion de Asia asombró á los bárbaros con la sencillez de su exterior, y con la elevacion de sus sentimientos: que en todos tiempos nos causaba admiracion con nuevos rasgos de desinterés, de frugalidad, de moderacion y de bondad: que olvidando su grandeza, sin temor de que los demas la olvidasen, era accesible, de una familiaridad afectuosa, sin acrimonia, sin zelos, siempre pronto á oír nuestras quejas; en fin, el esparciata mas rígido no tenia costumbres mas austeras; ni el ateniense mas amable tuvo jamas tantos atractivos. No añadiré á este elogio mas que un rasgo, y es, que su primer cuidado en las conquistas que hizo en el Asia, fué siempre suavizar la suerte de los prisioneros, y dar libertad á los esclavos.

¿Y qué valen todas esas calidades, replicó

Timágenes, si las marchitó suscribiendo á la injusticia hecha á los Tebanos? Sin embargo de eso, respondió Cleómedes, miraba la justicia como la primera entre las virtudes. Confieso que la violó algunas veces; y sin pretender disculparle, advierto que solo lo hacia en favor de sus amigos, y jamas contra sus enemigos. Mudó de conducta con los Tebanos, ya porque le pareciesen legítimos todos los medios para abatir á una potencia rival de Esparta, ó ya porque quisiese aprovechar la ocasion de vengar sus injurias personales. Habia dominado todas sus pasiones, menos una que le dominaba á él, y que enriquecida con los despojos de las otras, se habia hecho tiránica, injusta, incapaz de perdonar una ofensa: tal era el excesivo amor de la gloria; y los Tebanos habian herido mas de una vez este sentimiento, principalmente cuando desconcertaron su proyecto de destronar al rey de Persia.

El decreto de los Lacedemonios fué la época de su decadencia: la mayor parte de sus aliados los abandonaron; y tres ó cuatro años despues, rompieron los Tebanos aquel yugo odioso\*. Algunos ciudadanos intrépidos destruyeron en una noche, y en un momento á los partidarios de la tiranía, y favoreciendo el pueblo sus esfuer-

\* El año 379 ó 378 antes de J. C.